



Gustavo Adolfo Bécquer

El café de Fornos

EL arte recibe siempre vida de su íntimo consorcio con los hábitos y las ideas del período que atraviesa. En otras épocas recibió aliento y se adaptó a la forma de la sociedad en que había nacido, y se desarrollaba traduciendo los símbolos cristianos, prestando su magia al ostentoso culto católico o enriqueciendo las severas estancias de los reyes y los magnates. Al desvanecerse aquella sociedad, que estribaba en círculos jerárquicos; al debilitarse en cierto modo la fe religiosa al menos en cuanto se refiere al culto externo, el arte entró en un período difícil, del cual todavía no ha salido por completo, aun cuando se ve el camino que ha de conducirle a otra manera de ser. En efecto, si bien sustrayéndose en cierto modo a las severas reglas estéticas a que un tiempo vivió sujeto, se observa en él la tendencia a generalizarse, apoderándose de la industria, multiplicando hasta el infinito los objetos que produce y descendiendo de la olímpica altura en que se mecía para filtrarse por todas las clases de la sociedad, a las cuales lleva como un impulso regenerador las nociones del buen gusto y la aspiración a lo bello. Hasta que esta revolución no se realice del todo, el arte moderno no habrá encontrado su verdadera fórmula.

El dibujo (1) que ofrecemos hoy del notable trabajo, obra de nuestro querido compañero y amigo el señor Vallejo, es una palpable muestra de lo que en este camino se ha adelantado en España. La elegancia de la composición, lo correcto de las formas, el gusto y la sencillez con que el

autor ha sabido interpretar el pensamiento que preside a este cuadro, lo clasifican a primera vista entre las producciones que satisfacen las más delicadas exigencias; sin embargo, esta obra no va a realzar con sus contornos y colores la soberbia cúpula de un templo ni el pórtico de un palacio: su destino es más modesto, más popular; completa, o mejor dicho, es el punto de partida de la ornamentación de un café público.

¿Cómo se ha operado esta transformación en el país clásico del arte oficial, del arte conservado al calor de los poderosos o las corporaciones? Vamos a echar una rápida ojeada sobre la historia de los cafés públicos en Madrid y el fenómeno quedará explicado.

El café desciende en línea recta de la botillería. ¿Quién no recuerda el carácter y la fisonomía de estos establecimientos tradicionales, en que sólo se hacía café para algún que otro raro aficionado, y se servían sorbetes en determinadas estaciones? La botillería era un lugar de paso; alguna manola, invitada por un majo de los que reprodujo Goya, solían entrar a refrescar, después de la corrida de toros en que habían admirado a Pepe Hillo; algún políticón rancio o tal cual poeta confeccionador de ovillejos entraban a leer el Mercurio o a departir acerca del mérito de las novedades teatrales antes de ir al corral de las comedias. Las personas algo encopetadas se hacían llevar a sus casas las bebidas, las noches de saraos, y la multitud no había adquirido la costumbre de pernoctar en los cafés. El mobiliario y el fondo de la botillería se armonizaba con sus concurrentes, como el fondo de un buen cuadro con las figuras que lo componen.

El cambio de sistema de gobierno trajo una revolución en las costumbres. La vida se hizo más exterior, nació la política, la multitud tomó parte en sus luchas, y, como no era posible la vida del foro a semejanza de Roma, surgió espontáneamente el café, sucursal afortunado de la plaza pública. La fama de Pombo y Lorencini se remonta a esta época.

Más tarde fue creciendo el anhelo de sociabilidad, de esa sociabilidad cómoda y barata que se realiza en estos establecimientos, y comenzaron a multiplicarse, y el espíritu de especulación se fijó en el negocio. Los veladores de mármol sustituyen a las mesas de pino; el gas, al aceite; las cortinillas de indiana dejan sitio a los grandes portiers; donde estaba el reloj de cuco y figuras de movimiento campea una esfera magnífica; el lujo no se detiene y llega a la prodigalidad; se multiplican las luces, se agrandan hasta la exageración los espejos; el oro, casi en profusión lastimosa, chispea por todas partes, unos, tratando de sobrepujar a los otros, llegan al límite extremo, porque no cabe ya más en esa senda de riqueza sobrecargada y de dudoso gusto. La multitud sigue con interés estas evoluciones; hoy admira un café nuevo, mañana celebra otro; pero de día en día son mayores sus exigencias. En este punto, lo que comenzó por necesidad vulgar de comodidades y ostentación, se convierte en exigencia de un gusto más delicado. El café de Madrid fue un paso dado en este camino; pero la diversidad de artistas que en su decoración tomaron parte y la falta de unidad en el conjunto, hacen que aquella tentativa fuese más digna de alabanza por la intención que por el resultado.

Últimamente, al tratar de construir un café en la magnífica casa que ocupa el solar de las Vallecas, sus dueños han conseguido superar cuanto hasta aquí se ha hecho, uniendo al lujo material de la decoración ese

refinamiento de lo rico, que sólo puede conseguirse merced al arte, que a todo presta un valor sin límites. Para conseguir este resultado se ha valido de artistas tan distinguidos como el señor Vallejo y los señores Terry y Busato, de quienes ya hemos tenido ocasión de ocuparnos con motivo de trabajos semejantes. Saliéndose del camino trillado en este género de obras, el señor Vallejo ha encontrado con rara fortuna la fórmula de llenar todas las condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelve con claridad, merced a bien pensados grupos de figuras, las alegorías de el té, el café, el chocolate, los licores y los helados serían siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad e ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido no fueran todos ellos verdaderas obras de arte, dignas del nombre de su autor, que aun en estos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones, y en la cual sobre fondo blanco con filetes, florones y molduras de oro, lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje, pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles, y constituyen un trabajo que honra a sus autores, los señores Terry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo